

...y sin embargo vuelan

© 2026 Clara Guerrero

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin autorización previa y por escrito del autor, salvo las excepciones previstas por la ley.

Segunda edición: 2026

Publicado a través de Amazon Kindle Direct Publishing.



Clara Guerrero

**...y sin embargo,
vuelan**

Para mi hija y mi cielo

¡La física afirma que las abejas no pueden volar...y sin embargo vuelan!

Sus alas son demasiado pequeñas y su cuerpo demasiado grande, pero ellas vuelan igual porque no saben que no pueden, porque no les importa.

Es este un mito popular totalmente impreciso no sólo porque, en efecto vuelan, sino porque por supuesto, la física sí que lo explica. Algún teórico de principios del siglo XX se basó en el modelo erróneo de la aeronáutica de los aviones y consideró que las alas de las abejas eran demasiado pequeñas y rígidas para generar suficiente sustentación. Sin embargo, las abejas tienen alas que se tuercen y rotan durante el vuelo, es decir, son pequeños helicópteros que crean un movimiento de barrido con una frecuencia tan alta que produce la suspensión necesaria. La razón de que se siga contando esta historia, sin importar que sea una falacia, es que resulta una metáfora motivacional muy poderosa sobre todo de resiliencia, pero también de superación, de misterio y de belleza en lo inesperado.

Así era lo nuestro.

Daniela y yo no teníamos alas grandes ni cuerpos ligeros. No éramos los más listos, ni los más populares, ni los que salían en las fotos del mural del colegio. Y sin embargo volábamos. Volábamos en bicicleta, en travesuras, en silencios compartidos. Volábamos cuando nadie nos miraba y también cuando todos lo hacían.

A primera vista, no teníamos nada en común. Yo vivía en una pequeña casa de protección oficial en las afueras del barrio, donde las paredes eran de papel y los turnos de baño se negociaban a gritos cada día. Mi padre, mecánico de manos grandes y voz ronca, llegaba cada noche tan cansado que no tenía más fuerzas que para conectar el televisor. Compartía habitación con mis dos hermanos que hablaban dormidos de puro cansancio en el único rato que los

veía. Yo, por mi parte, iba al colegio con la ropa mil veces lavada que había heredado de los mayores.

Daniela, en cambio, con sus trenzas perfectas y cuadernos ordenados por colores podría haber aparecido en el anuncio de una revista de moda infantil. Vivía en un gran apartamento del centro de la ciudad con techos altos y libros en diferentes idiomas. Su madre era profesora en el colegio, lo que en mi barrio puedo asegurar daba mucho caché y mucho más, si era como la Señorita C, profesora de francés. Tenía una sonrisa elegante y una mirada que parecía saberlo todo e incluso su cotilleado divorcio, proceso legal casi desconocido por aquel entonces en una España que despertaba somnolienta, le confería un aura, si cabe, mayor. Tanto o más que la exclusividad del nombre de su hija en un país más dado a Marías, Cármenes o a mi popular “Francisco Javier”.

Pero algo nos unió a Daniela y a mí. Algo que no se explica con lógica ni con física. Como las abejas que según dicen no deberían poder volar, nosotros también sobrevolamos circunstancias difíciles —como la adicción a la bebida del padre de Daniela o el barrio difícil en el que yo vivía— sin rendirnos.

El vuelo de la abeja no se explica fácilmente. Como el amor, la amistad o la lealtad profunda, hay cosas que no se pueden medir ni justificar con lógica. Hay algo poético en que algo tan pequeño y aparentemente frágil como una abeja pueda volar. Igual que hay belleza en la ternura entre dos niños que se cuidan sin saber que están haciendo algo extraordinario.

Esta es nuestra historia. Como todas las historias que valen la pena, empieza con algo que no debería haber sido posible. Pero fue. Mientras escribo estas líneas en mi camarote improvisado, la cuestión ahora es ¿seguiremos volando?



INFANCIA

El ala rota

El País. Londres. 16 de marzo de 1984. “Un trabajador resultó muerto durante la huelga del sector minero en el norte de Inglaterra”

(...) el sindicato de mineros (NUM) indicó que el fallecido, David Jones, de 24 años, murió víctima de un ladrillazo. La violencia fue el denominador común de la jornada de ayer en la huelga del sector minero.

Era un viernes cualquiera en el colegio, de esos en que el aire huele a bocadillos recién abiertos y los niños corretean por el patio sin mirar. Yo caminaba solo con mis zapatillas viejas que ya tenían la suela gastada, cerca de la pared que bordeaba el campo de baloncesto. Me llegaba lejano el murmullo de los niños jugando, el eco de un balón rebotando contra la pared, el crujido de la gravilla bajo mis pies. Solo mataba el tiempo, no buscaba nada, pero lo encontré.

Un pequeño pájaro, tembloroso. Tenía una de sus alas torcidas y estaba muy cerca de un ladrillo. No piaba. Solo respiraba con dificultad, cada bocanada de aire le costaba, literalmente, la vida. Me agaché sin saber qué hacer. Sentí un nudo en el estómago. Algunos niños pasaron corriendo, sin notar nada. Otros miraron de reojo y siguieron su camino. Fue entonces cuando apareció una niña de cabello largo, lacio y de color castaño claro, Daniela.

—¿Está vivo? —me preguntó, con los ojos muy abiertos, no podía creer lo que veía. Asentí, sin levantar la vista.

—Creo que tiene el ala rota —contesté en voz baja. Pensé que hablar fuerte le asustaría más.

Daniela se arrodilló junto a mí, sin miedo. Sacó un pañuelo del bolsillo, suave y ligeramente perfumado de su chaqueta, uno con dibujitos de flores, colocándolo con cuidado bajo el plumaje tibio y tembloroso del pájaro. Sus manos eran pequeñas, pero se movían con una delicadeza que me sorprendió.

—Mi madre fijo que tiene una caja en clase. Podemos llevarlo allí —aseveró. Yo dudé. No quería que nos regañaran. Pero Daniela ya estaba de pie, decidida.

—Ven. Yo hablo con ella.

Entramos al colegio con pasos lentos, a modo de los porteadores de un frágil tesoro. El pasillo olía a libros, a tiza y a madera vieja. La madre de Daniela, la profesora de francés nos vio desde la puerta del aula. Frunció el ceño al principio, pero luego sonrió, entendiendo todo sin que tuviéramos que decir nada.

—¿Qué tenemos aquí?

—Un amigo herido —respondió Daniela, sin soltar el pañuelo, sin yo saber yo con certeza si se refería a mí o al pajarito.

La profesora nos ayudó a preparar una pequeña caja de cartón áspero con algodón y un tapón con agua. Nos explicó que no podíamos hacer mucho, que parecía que alguien se lo había hecho a propósito, pero que al menos el pájaro

estaría cómodo. Yo no dije mucho, pero no me separé de Daniela en todo el día.

El pájaro no sobrevivió más de dos días, pero su breve presencia dejó algo más duradero, una amistad.

16/3/84

Querido diario

ya se que eres un regalo de comunión y que debería esperarme a escribirte hasta ese día, pero es que hoy pasó algo superespecial.

en el recreo, vi al niño ese de la otra clase de 3°. Iba solo, andando cerquita del campo de baloncesto, y miraba algo en el suelo y me acerque

¡era un pajarito! Pequeñito, con el ala rota y no se movía casi nada. El niño estaba serio, triste. me dio mucha pena y le pregunté si estaba vivo y me dijo que sí.

le dije al niño que podíamos llevarlo a clase, que mi mamá era profesora. él no estaba muy seguro, pero le dije que yo hablaba con ella.

Mamá dijo que no podíamos hacer mucho y el niño se quedó conmigo todo el día y hablamos y hicimos

deberes juntos y nos reimos por cosas tontas. me calló bien. Se llama Javi, por cierto, es más bajito que yo jiji. Ah, y en una semana es mi cumple. Daniela

De alas y hamuli

Marca. Los Ángeles. 29 de julio de 1984. “Inauguración de los Juegos Olímpicos de verano”.

Marca, como principal diario deportivo, dedica su portada a la ceremonia en el Memorial Coliseum, destacando el espectáculo, la participación española y el contexto político con el boicot del bloque soviético.

En julio del año que nos conocimos, aunque para nosotros las clases no eran más que un lejano recuerdo, acompañábamos a la Señorita C —la madre de Daniela— al colegio, porque ella sí que trabajaba esos días preparando el curso siguiente. Íbamos cambiando cada día nuestro centro de operaciones y una mañana de finales del mes elegimos la biblioteca, ya que me encantaba ese lugar de nuestra pequeña galaxia, el pasar de páginas gruesas de enciclopedias, el olor a polvo de libros antiguos o el tacto rugoso del lomo de las novelas juveniles.

Yo había estado buscando cosas sobre las abejas en una de las enciclopedias y descubrí que estos insectos tienen en sus alas posteriores unos pequeños ganchos, llamados *hamuli*, para engancharse a las alas anteriores y volar juntas como una sola; es un detalle anatómico diminuto, pero esencial para que puedan volar.

—¿Sabías que las abejas tienen unos ganchitos en las alas que se llaman *hamuli*? —le interrogué.

—¿Para qué sirven?

—Para que las alas se enganchen y puedan volar juntas —le contesté—. Si no, se descontrolan.

—Entonces tú y yo somos *hamuli*.

—No. Tú eres el gancho. Yo solo intento no caerme —enfaticé aguantándome la risa. Me miró de arriba abajo.

—Pues agárrate bien...que hace mucho viento y yo también me caigo —repuso mientras soltaba una carcajada que le iluminó la cara. Y por un momento, en ese momento para ella, todo estaba bien.

Más tarde iría entendiendo que en nuestro contexto los hamuli representaban en efecto un vínculo invisible pero fuerte, como esos ganchos que unen las alas, nosotros estábamos conectados por pequeños gestos, miradas, silencios compartidos y travesuras. Nos complementábamos: Daniela con su imaginación y sensibilidad, yo a través de mi lealtad y humor. Juntos, como las alas de una abeja, podíamos volar más alto y aunque frágiles por separado, unidos éramos más fuertes.

Recuerdo aquel día ver repetidas en las noticias todo lo que antecedió a la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984, los fuegos artificiales sobre el fondo del Memorial Coliseum y como una pequeña bandera española ondeaba tímidamente entre las grandes potencias. Yo no entendía mucho de política, ni de Juegos Olímpicos, ni de por qué todos hablaban de boicots y medallas. Pero sí sabía que ese día era importante. No por los Juegos, sino porque fue el primer día que Daniela me miró sabiendo que algún día seríamos historia, lo que ancla esta historia a un momento real y simbólico, como si ese día marcara el inicio de algo más grande que unos Juegos Olímpicos.

Desde entonces compartimos recreos, deberes, tardes de bicicleta, películas en un viejo VHS, cines de verano a escondidas y secretos que solo los niños saben guardar. Nos volvimos inseparables, como dos páginas del mismo libro.

Creo que también fue en aquel momento de aquel año, o mis recuerdos lo entremezclan, cuando la Señorita C empezó a llamarnos casualmente las Abejitas, como yo había estado leyendo sobre nosotros, porque desde su punto de vista siempre estábamos juntos revoloteando por el colegio. Yo me reía, claro, pero en el fondo me gustaba. Era mi forma de entender que pertenecía a algo. A alguien.

Todo nuestro universo personal coincidía en que yo era el menos listo de los dos. Y puede que lo pareciera. Pero yo entendía más de lo que transmitía. Sabía, por ejemplo, que Daniela evitaba hablar de su casa. Que se ponía tensa cuando su padre venía a recogerla. Que su madre sonreía demasiado cuando hablaba con otros adultos, intentando tapar algo. Yo no preguntaba. Solo me quedaba cerca. Hacía de bufón, contaba chistes malos, me dejaba ganar en las carreras. Todo para que ella pudiera respirar un poco más tranquila.

30/7/84

Querido diario

Esta mañana la hemos pasado en la biblioteca, como me abuuuurre, pero a veces tengo que hacer cosas que le gustan a Javichi y hoy se paso todo el rato con no se que rollo del buelo de las abejas y unos ganchos que tienen, mientras yo pintaba con acuarelas un barco

donde ibamos los dos. No entendi ni una palabra de lo que dijo pero siempre me hace reir hasta llorar con sus cosas. No necesito mas.

Daniela

Las Abejitas

Rock de Lux. Número 2. Diciembre 1984. “Nuevo tema de Band Aid”.

El 25 de noviembre de 1984, Band Aid grabó la canción "*Do They Know It's Christmas?*" en los estudios Sarm West de Notting Hill, Londres. Esta canción, idea de Bob Geldof y Midge Ure, fue creada para recaudar fondos para la ayuda contra el hambre en Etiopía. La grabación ha reunido a numerosas estrellas británicas e irlandesas del momento, como Bono, Sting, George Michael, Boy George y Phil Collins, entre otros y en el estribillo dice: “¿Saben los profes que es Navidad o nos van a poner deberes igual?”

En el colegio San Fulgencio todos sabían que si algo raro pasaba, probablemente las Abejitas estaban detrás. No eran insectos, claro, sino Daniela y yo, inseparables desde que aprendimos a compartir bocadillos y secretos. Revoloteábamos por todas las clases, los pasillos, el gimnasio, la biblioteca, el patio, el laboratorio... y a veces, por lugares donde no deberíamos estar. La frase “pues habrán sido las Abejitas” se convirtió en tendencia y se usaba para todo. Si alguien rompía una ventana, todos pensaban “pues habrán sido las Abejitas”, si se extraviaba un libro de alguna clase, se repetía como en un mantra “pues habrán sido las Abejitas”. En un principio, con una mentalidad tan patriarcal como la del sur de España en los 80, los primeros sermones iban siempre dirigidos a mí, quién podría pensar que una niña tan adorable, hija de una profesora —y de francés—, se le ocurrieran semejantes maldades. Al cabo de un tiempo, todos sin excepción empezaron a sospechar que yo no podía ser capaz de idear esos planes malévolos tan sofisticados, aunque yo fuera sin ninguna duda de forma voluntaria y decidida el colaborador necesario.

Canciones como “*Lobo hombre en París*”, “*Thriller*” o “*I Just Called to Say I Love You*”, rompían las radios de entonces y una tarde tras las clases decidimos hacer un experimento, como lo llamó Daniela. El conserje, ante la inminente visita de un inspector educativo, había estado colocando señalética para indicar direcciones y lugares del colegio. Con su habitual espíritu travieso ella decidió cambiar todas las señales de dirección y colocar las flechas apuntando al techo. Al día siguiente nos fuimos apostando escondidos en diferentes columnas para observar cómo, invariablemente, todo el mundo se detenía y miraba hacia arriba. La profesora Ramírez nos miró con cara de “otra vez vosotros”, pero no pudo evitar sonreír.

Y luego estaba el episodio del globo, Daniela me convenció de que si escribíamos una carta y la atábamos a un globo, alguien en otro país la encontraría y respondería. La carta decía: *Hola, somos las Abejitas. Si encuentras esto, mándanos una foto tuya.*

El globo voló... y nunca volvió. Pero durante semanas cada vez que llegaba el cartero, yo corría a la puerta gritando.

—¡Es la respuesta del globo!

Las Abejitas no éramos las más tranquilas, pero sí las más creativas y aunque los adultos a veces se quejaban, todos sabían que el colegio era mucho más divertido con nosotras revoloteando por ahí. No solo hacíamos travesuras, creábamos historias, movíamos a los demás y convertíamos cada rincón del colegio en un escenario de imaginación. A veces nos castigaban, sí, pero incluso en el castigo, encontrábamos formas de reírnos.

2-12-85

Querido diario

Llebaba mucho sin escribir, quiero contarte lo del viernes, estoy segura de que el colegio esconde un tesoro. No porque lo sepa, sino porque me parece injusto que no lo halla. Dibuje un mapa en papel hace unas semanas y lo manche para que pareciera viejo con barro y lo enrolle y lo deje en la biblioteca, dentro de un libro de geografía.

*El mapa lleba a la parte trasera del gimnasio, donde dejamos una caja con caramelos y una nota
“¡Bienvenido al club secreto de las abejitas!”*

3 alumnos lo encontraron y han pasado dias buscando mas pistas y Javicito y yo miramos de lejos y nos partimos

Uy, viene mamá, voy a hacer que duermo

Ya estoy, pero otro dia te cuento lo que hicimos con el timbre, pero con esto de mamá me dio sueño de verdad